



EDUCACIÓN Y FORMACIÓN PARA EL DESARROLLO RURAL

ALBERTO MELO (*)

RESUMEN. A partir de la clarificación de conceptos («rural», «áreas rurales», «paisaje humanizado»), se analizan las condiciones que pueden asegurar el desarrollo de las zonas rurales y que, desde el punto de vista de la educación., exigen la formación de actitudes individuales y colectivas emprendedoras, hecho que supone un grado importante de participación y dinamización.

Para ello es relevante la consideración del papel educativo de las «agencias intermedias» que permiten crear una «cultura de desarrollo» apta para conseguir una «voluntad colectiva de cambio» desde la que podrán elaborarse Planes de Desarrollo Integrado.

Las estrategias de intervención educativa, capacidades, competencias, animación, investigación, innovación, educación y formación para el mundo rural, procesos, métodos, contenidos, instituciones, son cuestiones que se tienen en cuenta desde la perspectiva de calidad para el desarrollo del medio rural.

¿QUÉ ES «LO RURAL»? ¿QUÉ SON ZONAS RURALES?

Clarificar el término «rural» es tarea previa en el contexto del presente artículo. ¿Puede aplicarse el apelativo «rural» a la totalidad del espacio «no urbano» que cubre nuestro planeta?

¿Pueden definirse como «rurales» las montañas del Himalaya, las espesuras tropicales de la Amazonia o el desierto del Sáhara?

Es evidente que «el campo» es un componente esencial en cualquier área rural. Pero las personas también. Hay que tener en cuenta la población autóctona e

incluso —por cierto, la característica más fundamental— la relación que se ha ido estableciendo, a lo largo de los siglos, entre los pobladores locales y la tierra, entre la cultura y la naturaleza. En suma: el paisaje humanizado.

Este concepto de «paisaje humanizado» permite, por tanto, excluir de la gama de las «áreas rurales» extensos territorios donde no exista una presencia humana permanente o no se haya operado una «aculturización» de la naturaleza local. Con todo, a mi modo de ver, debemos ir más allá en la búsqueda de una definición precisa de las fronteras de estas zonas que se revelan, aún hoy, específicamente rurales. Es

(*) Ministerio de Educación (Portugal).

un hecho que, debido al proceso de acelerada concentración industrial a escala mundial del capital y del trabajo, el modelo urbano-industrial de organización social se vuelve dominante. En compensación, vastas porciones de tierra cultivable fueron industrializadas o urbanizadas, y en algunos casos sin haber siquiera abandonado la agricultura como la principal actividad económica local.

En los países industrializados, la mayor parte del suelo agrícola fue ocupado, efectivamente, por el modelo dominante de producción y de organización social, dando lugar a «fábricas enormes a cielo abierto», dedicadas a la producción agrícola intensiva y especializadas normalmente en monocultivos de capital intensivo y de elevados consumos energéticos.

Estas «fábricas agrícolas» ocupan, por regla general, un pequeño número de trabajadores cualificados (asalariados o propietarios) que residen en villas vecinas y desde ahí se desplazan hasta el lugar de trabajo.

Esta situación presenta algún contraste con aquella a la que yo llamaría una «zona rural específica». En ésta, la tierra no es más que un mero «lugar fabril» y ello representa mucho más que la simple idea de «materia prima» en el proceso productivo. En las zonas rurales tradicionales, la tierra fue ocupada, arada, amoldada, distribuida, etc., con el fin de poder dar respuesta adecuada a una vasta gama de necesidades humanas, lo que trasciende con mucho el simple dominio económico. La tierra, con sus características específicamente multiculturales, con sus edificios y su fauna autóctonos, existe en este caso para fortalecer la base existencial de la familia que en ella reside:

- Es la parte integrante de la imagen que la familia tiene de sí misma y de su identidad histórica y social.

- Es también una fuente de bienestar material (o incluso de empobrecimiento, como sucede con frecuencia).
- Es una «póliza de seguro» contra el hambre y la miseria.

En este contexto, la lógica que se mueve detrás de las decisiones del día a día sobre la utilización de la tierra, ni siempre será la más racional, en términos económicos, ni exclusivamente traducible en términos monetarios.

Naturalmente, en la medida en que el modelo dominante de acumulación de capital y de concentración de recursos crecía y aceleraba sus ritmos en las décadas más recientes, muchas de estas zonas rurales y muchas de estas sociedades rurales iban siendo engullidas por el progreso. A partir de ahí, el impacto resultante repercutió en dos direcciones opuestas, en consonancia con las distancias relativas de las zonas rurales en relación con los principales polos y ejes de crecimiento económico. O fueron «reajustadas» e integradas en el sistema dominante, o dejadas al margen de manera gradual y vaciadas de sus principales recursos y capacidades humanas. En una palabra: asimilación o extinción.

La existencia y el futuro de zonas rurales genuinas (precisamente aquellas que fueron olvidadas y dejadas de lado, «en los extramuros» de los circuitos de crecimiento) representan hoy una cuestión crucial para nuestras sociedades y para la Unión Europea. Estas «islas de irracionalidad» que consiguieron sobrevivir al holocausto rural provocado por la agricultura industrial de alta productividad (y altos costos), se enfrentan hoy al riesgo de extinción con todos los graves efectos de orden personal, social, económico, cultural e ideológico que de ello pueden resultar. Al mismo tiempo, además, se encuentran en una posición de desafío (incluso de posibilidad), como bastiones de resistencia contra la tendencia común de masificación, de

normalización y de unidimensionalidad; y también como laboratorios virtuales de experiencias alternativas, de naturaleza social y económica, capaces de asociar todas las dimensiones humanas y sociales del desarrollo.

No obstante, las zonas rurales de hoy no muestran, por regla general, las capacidades necesarias para la supervivencia, y menos aún para el desarrollo:

- Son remotas, periféricas.
- Las poblaciones, en general, están muy dispersas.
- Se ven debilitadas por pérdidas demográficas agudas y la agricultura tradicional que aún se mantiene hace ya mucho tiempo que dejó de ser la base principal de subsistencia de las poblaciones locales.

Bajas inversiones de capital, métodos de producción de trabajo intensivo, división incipiente del trabajo, falta de especialización, presiones sociales excesivamente igualitaristas, ausencia de espíritu empresarial, cierto autoaislamiento, etc., todos estos factores convergen en una situación de colapso económico y social en el mundo de hoy.

Durante la sobreproducción agrícola endémica en los países industrializados, ¿qué razón podría haber para apoyar una agricultura no rentable tal como aquella que aún persiste en las zonas rurales? Y, no obstante, la agricultura tradicional, incluso sin llegar a ser suficiente, es aún absolutamente imprescindible para la preservación del tejido social, de la identidad cultural, del equilibrio ecológico y de la belleza natural de las zonas rurales basadas en la pequeña explotación familiar autóctona. ¿Acaso existe un guión único y exclusivo para nuestro futuro que marque una producción en crecimiento continuo en las zonas integradas en el modelo urbano-industrial, mientras se desertifican los vastos territorios restantes?

¿La economía contemporánea debe pues afrontar y resolver el siguiente problema: cómo compaginar la creciente riqueza producida en los complejos urbano-industriales (que comporta la acumulación a los *stocks* existentes) con la riqueza que se pierde con poblaciones que emigran y campos que se abandonan?

Recuérdese además que las áreas rurales desempeñan, al menos, dos grandes tareas para beneficio de la sociedad en general: producción de alimentos y creación y mantenimiento de paisajes. De cara a la actual búsqueda de un ambiente más saludable (y más estético) y de un paisaje de elevada calidad, debería ser posible incluir los costos sociales y ecológicos en los precios de los productos agrícolas de masas, con el fin de apoyar el futuro de las zonas rurales de Europa.

Cualquiera que sea la política global adoptada, las áreas rurales siempre tendrán que saber impulsar proyectos de desarrollo autocentrado, que funden comunidades creativas, diversificadas, equilibradas y viables, capaces de ganarse el derecho a ser apoyadas por la sociedad en general y que garanticen así que el binomio negativo «paternalismo-mentalidad de subvencionados» no se convierta en el elemento dominante. El futuro del mundo rural depende pues, por un lado, de un compromiso general por parte de la sociedad global para preservar lo que queda de él hoy en día, dando un valor real a la calidad de su ambiente y al de sus productos y discriminando positivamente a su favor; por otro lado, con lo expuesto, depende de su propia capacidad para consolidarse, para organizarse y para luchar por la supervivencia y por la mejora de las condiciones, basándose en los recursos propios, tanto humanos como naturales. Este requisito, especialmente en comunidades locales donde los fuertes flujos migratorios las «desangraron» de sus elementos más activos y emprendedores, implica en

general una intervención de apoyo que proceda del exterior.

CONDICIONES DE TIPO *SOFTWARE* PARA EL DESARROLLO

Para poder asegurar el desarrollo de las zonas rurales en proceso de estancamiento, es preciso crear en su seno una fuerte dinámica, capaz de fomentar una actitud colectiva e individual emprendedora y, al mismo tiempo, de provocar, generar y diversificar las actitudes en las organizaciones y en las tecnologías.

Este movimiento de dinamización exige, por cierto, una fuerte participación local, y también un cambio radical en las mentalidades. Exige también el surgimiento de un proceso, apoyado localmente, capaz de movilizar a las poblaciones rurales hacia proyectos de naturaleza social, cultural y económica. Y será la naturaleza específica de esos proyectos la que, a su vez, determinará la estructura, los contenidos y métodos de los programas educativos y de formación que se implementan.

En efecto, sólo será posible hablar de un proceso de desarrollo si la dinámica generada puede crear o reforzar varios proyectos locales, relativamente independientes unos de otros, pero todos ellos asociados en el mismo proceso de dinámica social y cultural. Únicamente este tipo de movimiento —al multiplicar contactos creativos, al hacer circular información más rápidamente, al organizar debates y profundizar en los conocimientos, al acometer iniciativas y revelar la necesidad de crear estructuras y de adquirirse nuevos saberes— puede transformar gradualmente un proyecto de desarrollo local en un proceso colectivamente asumido y autosuficiente:

- Animación.
- Proyectos localizados y de pequeña escala (empresarios y emprendedores individuales y en grupo).

- Programas y estructuras de educación y de formación.
- Investigación aplicada y compartida.
- Organización y movilización locales, capaces de llevar a cabo un Proyecto de Desarrollo Local emergente, ampliamente apoyado (empresa colectiva).

He aquí un itinerario (en el que las diversas fases se procesan paralelamente y no en progresión lineal) que, apoyado adecuadamente con recursos humanos y materiales externos, puede llevar a las zonas rurales, hoy en declive, hacia el camino del desarrollo positivo, genuino y autosuficiente.

EL PAPEL EDUCATIVO DE LAS AGENCIAS INTERMEDIAS

¿Cómo crear una «cultura de desarrollo» en zonas tan profundamente afectadas por el aislamiento, la dependencia, la emigración, el envejecimiento, el conservadurismo y el desaliento?

En la gran mayoría de estas áreas, cualquier movimiento social para el cambio tendrá que ser introducido por fuerzas externas. Existe, en general, una potencia local —tanto humana como natural— para el desarrollo. Aún así, dada la ruptura del tejido rural que se dio en decenios recientes, el desarrollo endógeno (perdónese la paradoja) exige un «empujón» decisivo procedente del exterior.

De hecho es esencial la participación de todos los implicados en el proceso de desarrollo. Mas tal participación habrá de ser introducida a través de un proceso educativo, lento pero intenso.

Cualquier población rural, hoy en día, para poder participar plenamente en el proceso de su propio desarrollo, habrá de superar antes de nada sus propios sentimientos de desesperación y de impotencia

e, incluso, complejos de inferioridad relativos a su cultura tradicional.

Por eso, el trabajo de animación cultural y social es tan esencial cuando se pretende lanzar y apoyar un proceso de desarrollo rural:

- Elevando la autoestima colectiva.
- Comprobando la capacidad local para traducir ideas en proyectos.
- Trabajando en equipo.
- Relacionando objetivos con medios.

Por ejemplo, una de las conclusiones más importantes de los trabajos de investigación realizados recientemente en zonas rurales de Bélgica e Irlanda, es el que las áreas locales que sacan más provecho de los incentivos económicos, tales como el Programa ILE (Iniciativas Locales de Empleo), son precisamente las que tienen una experiencia más larga de animación social y cultural llevada a cabo por agentes locales profesionales o personas cualificadas y dispuestas.

El trabajo cultural (por ejemplo, la instalación de un Museo Comunitario) y el trabajo social (por ejemplo, la creación de un Centro de Animación Infantil), acometidos bajo una forma participativa, son de hecho procedimientos muy válidos, en relación con el desarrollo local de las zonas rurales en riesgo de extinción. El valor económico de estas actividades de animación debería, por consiguiente, ser mejor comprendido y, siempre que fuera posible, avalado, para que puedan ser consideradas e integradas en las estrategias de desarrollo a elaborar e implementar en las zonas rurales.

El agente (o agencia) catalizador de este proceso será, generalmente, externo a la zona. Es pues, tarea de esa agencia intermedia la búsqueda de una coherencia gradual, y una cohesión de los diferentes proyectos. ¿De qué forma?:

- Provocando debates amplios y extendiendo información.
- Concibiendo y generando programas de educación y de formación para los participantes en todas las iniciativas.
- Promoviendo articulaciones entre las actividades en curso.
- Y cuando se juzgue oportuno, apoyando la creación de estructuras locales participativas capaces de consolidar el Proyecto de Desarrollo Local.

Sólo cuando una parte significativa de la población local haya llegado al umbral de la «voluntad colectiva de cambio», será posible pasar a la elaboración e implementación de un Proyecto de Desarrollo Integrado. La dinámica local para el cambio, como iniciativa colectiva, resultará de la capacidad de un grupo local influyente capaz de pensar y actuar dentro del marco de un proyecto común: sobrevivir y mejorar las condiciones locales de vida.

La perspectiva a largo plazo de un proyecto de desarrollo local integrado —una etapa que se podrá alcanzar a través de un trabajo permanente de animación y de lanzamiento y apoyo de iniciativas concretas a pequeña escala— es la base ideal para ampliar y profundizar el nivel de participación de las poblaciones implicadas: a través de debates, exposiciones, reuniones informativas y tomas de decisión, etc. El proceso de interacción deberá procurar una situación en la que el proyecto acaba por pertenecer a la población local, y el equipo externo de intervención no será más que otro participante, aunque importante. De este modo, en lugar de que la agencia sea la iniciadora de un proyecto para más adelante obtener la participación de las poblaciones locales, la finalidad de la intervención deberá ser la del desarrollo conjunto y desde el principio, de agentes externos, técnicos y consultores, y de las poblaciones interesadas. La

adopción de esta metodología implica automáticamente que los universitarios, y otros especialistas implicados, habrán de desempeñar durante largos períodos de tiempo, el más variado abanico de posibilidades, muchas de las cuales no han de estar necesariamente ligadas, al menos de forma directa, con la enseñanza o la investigación. Pero es una metodología de intervención socioeducativa de esta naturaleza la que podrá llevar a las áreas rurales a asumir activamente un Proyecto de Desarrollo Local.

En este contexto, la investigación participada significa un proceso cultural y social conjunto, capaz de plantear permanentemente cuestiones derivadas del nivel local de las necesidades. Estas cuestiones deberán ser tratadas conjuntamente por participantes locales y por agentes externos de cambio, de tal manera que la «búsqueda en común de respuestas» determine el contenido fundamental de los programas de educación y de formación organizados para la zona como forma esencial de apoyo a cada uno de los proyectos locales en curso. Paralelamente con algunas sesiones formales de aprendizaje, estos proyectos conjuntos de investigación aplicada, que transforman a formadores y formados en una «comunidad de investigación para la innovación en el medio rural», son una dimensión esencial en el proceso de desarrollo. Por otro lado, la investigación como componente de este tipo de trabajo se torna en actividad permanente, pues el encontrar una respuesta y el consecuente lanzamiento de una nueva iniciativa (que es la aplicación de la respuesta encontrada para las realidades locales) abrirán de inmediato un nuevo campo de cuestiones y de búsquedas.

Y aquí una nota al margen, para subrayar que la asociación de saberes locales y de saberes exteriores, con vista a la elaboración de proyectos de apoyo que revitaliza las zonas rurales en declive, no es en modo alguno un diálogo consensual...

Estamos seguros de que el desarrollo auto-suficiente de las zonas rurales, hoy en riesgo, deberá ser llevado a cabo por los que en ellas viven (los que han nacido allí o las personas que un día determinaron vivir en el medio rural), y por tanto las opciones de desarrollo para estas zonas no deberán nunca poner en discusión el mantenimiento de las poblaciones locales (como es el caso, en general, de ciertos parques naturales, reservas de caza, campos de golf, etc.). No obstante, como el equilibrio ecológico de estas zonas es ciertamente el elemento más singular que hay que tomar en consideración, deberíamos preservarlo a toda costa, y ni los propios residentes podrán permitirse abordar proyectos que, a largo plazo, acaben destruyendo la especificidad, la singularidad y el alto valor de su medio natural y cultural.

ESTRATEGIAS DE INTERVENCIÓN EDUCATIVA EN EL MEDIO RURAL

Cualquier modelo alternativo de desarrollo para zonas rurales en declive debe basarse en las culturas locales. Es un hecho que gran número de zonas periféricas poseen aún un alto grado de identidad cultural, incluso no completamente descaracterizadas por la masificación.

Estudios y monografías que adoptan métodos de la Antropología Cultural son instrumentos importantes para el trabajo de intervención social en estas zonas. La educación y la formación, para ser parte integrante del proceso de cambio, deberán desarrollarse según métodos que sepan integrar la animación y la investigación participada. Un estudio pormenorizado de la cultura local o de la historia local, realizado conjuntamente por residentes y por especialistas —en los que se incluyan, además, momentos de presentación y debate públicos— es, efectivamente, un instrumento determinante para movilizar y motivar poblaciones locales. Elevará la autoestima

colectiva en relación al territorio, a la historia y al patrimonio cultural. Al mismo tiempo, esta iniciativa permitirá que las diversas expresiones de la cultura local se manifiesten de forma más objetiva, y se exterioricen como objeto de estudio. De este modo, la propia cultura local se convierte en el blanco del análisis crítico por parte de los participantes. Es más, una crítica positiva de la cultura local puede abrir las puertas a la clarificación de un futuro viable, en el que se identifiquen y conserven las mejores características de la tradición, pero integrando de manera creativa otras contribuciones modernas llegadas del exterior.

El punto de partida será siempre diferente de una zona con respecto de otra, pero el trabajo de animación es siempre insustituible. En tanto en cuanto mantiene actividades de animación para la población local en su conjunto, la agencia de intervención debe identificar los proyectos más viables localmente (en términos del nivel de motivación que suscitará en los participantes y de la durabilidad probable), para elaborar a continuación, con todos los implicados, el plan adecuado de educación y formación.

- ¿Cómo convertir una buena idea en un proyecto viable?
- ¿Cuáles son los obstáculos, cuáles los recursos, qué contexto global?
- ¿Cómo compatibilizar fines y medios?
- ¿Qué es lo que hay aprovechable localmente y qué lo que ha de ser traído de fuera?
- ¿Qué niveles relativos de dependencia y de autonomía son exigibles para las nuevas iniciativas?
- ¿Qué capacidades y competencias son precisas?

Y existen aún cuestiones importantes de otra naturaleza:

- ¿Quién está dispuesto a asumir riesgos?

- ¿Cuáles son los riesgos probables?
- ¿Cómo se trabaja en grupo?
- Etc.

En la medida que se van definiendo los programas de educación y de formación para cada proyecto local seleccionado, serán llevados a la zona varios agentes del exterior (técnicos, especialistas, profesores, etc.) sobre la base de las «recomendaciones» de los servicios que habrán sido previamente especificados en conjunto por la agencia de intervención y por los participantes. Esos agentes externos deben ser informados previamente sobre las realidades locales y las necesidades de los proyectos y de los respectivos participantes y, sobre todo, lo que se espera de su implicación como especialistas o personal cualificado. Este principio debe prevalecer siempre, bien los formadores/consultores sean requeridos individualmente, bien sean instituciones bajo convenio: es preciso que sean las instancias locales quienes conduzcan el proceso.

El simple hecho de organizar momentos de confrontación positiva entre los representantes de la comunidad local y los elementos de la sociedad masificada, entre la cultura tradicional y la modernidad, deberá abrir camino para nuevas interrogantes de nivel cada más elevado y abierto. Estas cuestiones serán otras tantas pistas para la investigación aplicada (por ejemplo: podemos destacar la innovación que representó la instalación de colectores o paneles solares, de fácil montaje y bajo costo, como resultado de una petición colectiva hecha por pequeños agricultores austríacos asociados).

- Animación.
- Investigación.
- Innovación.
- Educación/Formación.

Éstos son pues, los componentes de *software* necesarios para cualquier estrategia

global de desarrollo local en el medio rural en crisis.

EDUCACIÓN Y FORMACIÓN PARA EL MUNDO RURAL: PROCESOS, METODOLOGÍAS, CONTENIDOS, INSTITUCIONES

Dado que la finalidad última de cualquier intervención en el medio rural debe ser siempre la de desactivar la capacidad de sustentarse a sí mismo, únicamente en determinados momentos ha de adoptarse ineludiblemente un abordaje de naturaleza socioeducativa. Las contribuciones de tipo *hardware* son, sin duda, esenciales, pero deben ser traídas a la zona en función de los requisitos específicos de cada etapa del proceso, obedeciendo al ritmo impuesto por la dinámica local. Por tanto, hay que enfatizar en el propio proceso, lo que llevará automáticamente al programa de desarrollo una dimensión educativa intrínseca. Un proceso de tal forma que encare siempre la movilización de las poblaciones locales hacia la comprensión de su pasado y de su presente, y hacia la perspectiva de una gradual concreción de un futuro viable y deseado. La prueba de que se adoptó un proceso de intervención correcto será la eventual emergencia de un Proyecto de Desarrollo Local, como resultado de una síntesis creadora en la que se articularán: todos los proyectos individuales, el trabajo de animación, los programas de educación y de formación, los esfuerzos de tipo organizativo, las actividades de investigación aplicada, etc. El proceso es, de este modo, la organización de todo el trabajo realizado por la población local (con la agencia mediadora) a fin de crear y viabilizar iniciativas locales para, a continuación, integrarlas en un conjunto coherente de medidas, actividades y estructuras, es decir, en el Proyecto de Desarrollo Local. En el terreno de lo real, todos los programas de educación

y de formación no serán más que un componente, aunque esencial, de este Proyecto.

Una dimensión básica en todo este proceso es la capacidad emprendedora, bien bajo la forma de voluntad y capacidad colectivas para pensar y actuar en términos de «proyecto», bien de competencias y actitudes individuales imprescindibles de los agentes locales de cambio. Y ello es algo que puede ser promovido y reforzado a través de actividades de animación y de organización, pero que puede –y debe– ser también objeto de programas específicos de educación y de formación. Esto puede llevarse adelante por medio de sesiones informales organizadas para la población local (sobre tomas de decisión, sobre la planificación de actividades diarias, sobre la programación de proyectos más complejos, etc.). Y puede también promoverse la capacidad emprendedora por medio de sesiones estructuradas, que tengan como destinatarios portadores de proyectos locales autarcas, miembros de asociaciones, cooperativas, empresas, etc., o ganadores de concursos de ideas, por ejemplo. Los centros de enseñanza en la región deben también organizar cursos y actividades que susciten o refuercen la capacidad emprendedora en los niños, en los jóvenes, en los adultos.

La dimensión fundamental que está en la base de la metodología adoptada para intervenir en el medio rural en declive es la de la participación. Desde ahí, los principales ejes del proceso arriba mencionados (animación-investigación/innovación-educación y formación), deberán convertirse en:

- Animación participada.
- Investigación participada.
- Educación y formación participadas.
- Etc.

También aquí tendrá una importancia fundamental el trabajo de animación,

el cual permitirá realizar este salto cualitativo.

El trabajo de animación, que debe realizarse antes, durante y después del de educación/formación, está hoy reconocido de manera general y fue asumido explícitamente por las agencias mediadoras que operan en el mundo rural. Es lo que se llama en Francia el «pilotaje pedagógico», expresión dada a conocer por la ADEFPAT. Reconociéndose la animación como una fuerza motriz real dentro del proceso de desarrollo rural, hay que considerar la educación y la formación —por muy fundamentales que sean— como «respuestas técnicas» que necesitan un ajuste permanente ante las necesidades locales, tanto las inmediatas como las de largo plazo. Siendo así, será siempre necesario un período preliminar de investigación que permita la adecuación de las contribuciones educativas y de formación a las realidades específicas y a los proyectos en curso o previstos para la zona rural en cuestión.

En cuanto a la educación puede ser relevante, de cara a la finalidad última del proceso —el emerger de un Proyecto de Desarrollo Local—; la formación deberá ser estructurada en consonancia a las necesidades de cada proyecto particular. El ritmo de vida de cada uno de los proyectos (ya sean de naturaleza cultural, social o económica), las necesidades expresadas por los participantes, las sugerencias hechas por el equipo de intervención-animación, todo ello son factores que deben desempeñar un papel determinante a la hora de elaborar tiempos y contenidos de sesiones de formación o perfiles ideales de formadores. Los proyectos concretos —que servirán de base a los programas de formación— no deben ser aparentes, pues no servirían si no contemplaran iniciativas reales concebidas para dar respuesta a las necesidades personales y sociales de la zona rural. En el caso de proyectos que generan beneficios o que crean empleo, debe preverse un período de forma-

ción-producción, simultáneamente con una duración suficiente para ayudar a los participantes a constituir una empresa viable. También se debe adoptar en este punto una pedagogía activa (aprender haciendo): los participantes, o personas en proceso de formación, al aprender a crear una nueva empresa deben asumir un fuerte compromiso común desde el principio: a través de la gestión de un fondo financiero común, tomando decisiones sobre *stocks*, productos, ventas, etc.

Para las zonas rurales con una necesidad vital de innovación, la educación y la formación deben asociarse a la investigación. Y, en lo que respecta a la investigación, pueden encontrarse dos facetas paralelas en el proceso de desarrollo. La primera es resultado inmediato de las iniciativas en curso: investigación aplicada, que busca las respuestas científicas y técnicas más adecuadas a las cuestiones permanentemente suscitadas como efecto directo del trabajo de animación. La segunda es también de gran importancia: pretende convertir a la agencia mediadora en una mayor conocedora de la zona rural, de las poblaciones, etc., y consiguientemente, mejor equipada para apoyar el nacimiento del Proyecto de Desarrollo Local.

La metodología aquí esbozada se opone claramente a una definición de contenidos de educación o de formación antes del lanzamiento de proyectos locales concretos y también rechaza intervenciones por parte de personas e instituciones completamente ajenas al proceso de desarrollo.

La definición de contenidos y la planificación de programas de educación y de formación son actividades que deben convertirse en parte integrante del proceso global, debiendo ser consideradas, por tanto, como el objeto de un proyecto específico de investigación-acción a llevar a cabo por la agencia mediadora, de forma participada, durante las fases iniciales del proceso de intervención.

Incluso si el problema de fondo de las zonas rurales en declive fuera el mismo en todas partes (cómo sobrevivir y desarrollarse, integrando mercados más amplios y conservando/revalorizando los recursos endógenos), las posibles opciones locales son tan variadas que todos los dominios del conocimiento y de los saberes científicos y tecnológicos podrían ser movilizados. Por consiguiente, una estrategia de educación/formación en dos vías será la más adecuada para estas zonas: un tronco común de temas metodológicos básicos, tales como estudios locales, mejora de recursos, trabajo de animación, empresas colectivas, metodología de proyectos, etc.; y también aportaciones especializadas, muy diversas y por parte de especialistas e instituciones seleccionadas, que deberán reforzarlos «a la carta» en consonancia con las opciones decididas en el lugar por los individuos o grupos (Turismo y Hostelería, Agricultura, Silvicultura, Artes y Oficios, Telecomunicaciones y otras Nuevas Tecnologías, Tecnología Propia, Bio-Ingeniería, Arquitectura Paisajística, etc.). Este segundo vector deberá además incluir módulos sobre gestión PYMES, Contabilidad, Fiscalidad, Creación de Empresas, etc. Sesiones de formación modulares deberán alternarse y verse acompañadas de las iniciativas en curso (tanto económicas como de otro tipo) y por consultorías periódicas.

La selección, el calendario y la mejor combinación posible de las diversas aportaciones de la educación y la formación (que podrán adoptar las más diversas formas, tales como, módulos educativos, materiales de enseñanza a distancia, consultorías, visitas de asistencia técnica, seminarios, exposiciones, etc.) debe ser determinados conjuntamente por la agencia mediadora responsable del trabajo de animación y por los participantes locales, en función de las necesidades específicas del proceso.

Para el trabajo educativo en general, deben organizarse de forma extensiva cursos específicos relacionados con el presente y el futuro de las zonas rurales y destinados a todas las franjas de edad. Para ese caso las escuelas locales, y hasta los jardines de infancia, deben ser movilizados. Los programas escolares formales deberían incluir temas y actividades de relevancia inmediata para el proceso de desarrollo local. Y lo mismo podríamos decir en cuanto a las actividades extracurriculares. En lo relativo a las zonas rurales en crisis, en las que un factor estratégico sin duda es el «espíritu de iniciativa», la educación formal debería adoptar programas específicos, basados en acontecimientos ocasionales y en proyectos a largo plazo, con el fin de apoyar la revitalización del tejido social local y de promover en los jóvenes y en los niños el hábito de pensar y actuar en términos de proyectos planificados. Escuelas-hacienda, Escuelas-empresa, y muchas otras modalidades de centros educativos, técnicos y generales, basados en proyectos, son soluciones ya experimentadas y testadas en algunas regiones (por ejemplo, los «Community Colleges» en Estados Unidos, los «Lycées Agricoles» franceses, las «Escuelas Granja» de España, etc.).

Dado el extenso abanico de temas relevantes para el desarrollo local y el elevado nivel técnico de muchos de ellos, y también las innumerables pistas existentes para la investigación aplicada, el establecimiento de acciones de cooperación regular entre zonas rurales y escuelas técnicas, politécnicas o universidades, es del mayor interés para ambas partes.

El papel de las instituciones post-secundarias y de enseñanza superior —en estrecha colaboración con la agencia mediadora y las estructuras formales— será el de cubrir campos como la formación de formadores, la organización directa de algunos módulos de educación/formación, la creación y funcionamiento de bancos de

datos, la realización de paquetes de enseñanza a distancia, etc.

Más allá de estas contribuciones, una medida de gran potencial es la creación de una unidad de investigación-acción, dedicada a las zonas rurales en crisis, en centros de enseñanza superior localizados en regiones en las que subsisten tales situaciones. Las zonas rurales deberán incluso completar estas articulaciones con el sistema formal de enseñanza a través de acuerdos de cooperación con otras instituciones culturales y de educación/formación, tales como asociaciones o servicios de educación de adultos, asociaciones profesionales, centros de formación profesional, escuelas de artes y oficios, asociaciones culturales, organizaciones ecologistas, etcétera.

Y ya un punto final para subrayar el hecho de que cada una de las zonas rurales hoy en riesgo de extinción no repre-

sentan más que una minúscula parcela de tierra y de población, dentro del contexto nacional e incluso regional. En términos de rendimiento, de poder de presión política, etc., no tiene significado si las consideramos individualmente. Por tanto, es vital para estas zonas la creación de redes nacionales y transnacionales. Y uno de los resultados importantes de una red internacional de esa naturaleza podría ser la creación de un Instituto Europeo para el Desarrollo de las Zonas Rurales en Riesgo capaz de realizar trabajos de investigación de interés para estas áreas, de generar documentación y manuales para el desarrollo local, de dispensar formación de nivel superior a los agentes de a pie y a los investigadores, de organizar visitas de estudio e intercambio, etc.

(Traducción: Rogelio Ordóñez Blanco)